

In memoriam

Adiós, Ubago, amigo del alma

"I was sproud in Mondragón", escribiría en una solicitada redacción sobre su persona en sus difíciles balbuceos con el inglés. Pero era verdad. Las personas como él no nacen como los demás mortales. Brotan, surgen de manera ocasional. Muy ocasional.

José Luis Martínez de Ubago y Ruiz de la Cuesta, o simplemente Ubago, así le llamaba hasta la madre de sus hijos, fue un personaje singular. Le conocí cuando, en tercero de Medicina, en la Universidad de Navarra, empezamos un trabajo experimental con Jesús Flórez (profesor de Farmacología) y Félix Malpartida (hoy jefe de Cardiología en el Carlos Haya de Málaga) sobre el LB 46, más conocido como propranolol. En aquella época, Ubago era residente en el Pabellón F de Medicina Interna, y hacía sus primeros pinitos en Cardiología con Pepe Sáenz de Buruaga, Eugenio Torrano y Alberto Sagüés. Pronto se dedicó

a una parte todavía por desarrollar, la hemodinámica, de la que pocos sabían algo más que la cifra de las presiones y saturaciones normales y la interpretación de las angiografías en las cardiopatías congénitas. Ubago empezó a dar muestras de su capacidad intuitiva ya por aquel entonces. Cuando se le preguntaba por datos, sus cálculos se basaban más en la intuición que en las matemáticas... Se hizo famoso su «siete por siete, sesenta y cuatro» en mitad de una elucidación en voz alta para llegar a la cifra real de unas resistencias pulmonares que se expresaban en unidades «que ni Dios entiende qué son»... Martínez Caro, Don Diego, sufría calladamente, aunque luego, discretamente y sin que le vieran, sonreía. La cifra no era la matemáticamente exacta, pero reflejaba claramente la enfermedad y la realidad del paciente.

Las motos y, sobre todo, la pesca fueron sus aficiones durante muchos años. La Guardia Civil tuvo

que ir a buscarle en una ocasión en que se quedó dormido tras pescar en un río, apoyado y a la sombra de un árbol, mientras media Clínica Universitaria se preguntaba dónde se había metido y el paciente en la sala de cateterismos empezaba a tener dolor de espalda de la espera en una cama tan rígida. Carlos Durán, el jefe, asombrado, le decía: «Ubago, te pongo en la lista negra».

En Pamplona, Ubago vivía en la pensión de la coja. Cenaba en un restaurante llamado El Álamo, en la parte alta de la ciudad, donde tenía amigos íntimos sin relación con la medicina, como el Chapas, y en su habitación, a la que llegaba bien entrada la madrugada, roncaba profundamente vigilado por su lechuza, un animal que durante el día guardaba, adormecido, en un cajón de la cómoda de su cuarto. Luego se vino a vivir con Ignacio Camacho, hoy cardiólogo en Vitoria y tesorero de la SEC, y conmigo a un piso cercano a la Clínica Universitaria donde trabajábamos. Allí cambió la lechuza por un hámster al que una infortunada caída desde el balcón a la calle le había dejado con una pierna menos. Allí llegaba Ubago para un merecido reposo tras su larga jornada de trabajo y de El Álamo. Ignacio y yo pudimos ser testigos en muchas ocasiones de un Ubago sentado en la butaca de la sala, completamente traspuesto en los brazos de Morfeo y con un cigarrillo entre los dedos, su bien amado Jean, del que del filtro arrancaba, desafiando todas las leyes de la gravedad, un largo cilindro de ceniza curvada que era imposible comprender cómo podía mantenerse intacto con los temblores que inducía su respiración por unas nariz y garganta en permanente vibración. Durante un tiempo se nos uniría Giuseppe Cucchiara, un cirujano italiano que había venido para, a cambio de formarse en cirugía cardiotórácica, ayudar de manera fundamental en los inicios del programa de trasplante renal. Con él, todos mantendríamos una amistad imperecedera. Los cuatro pasaríamos unos tiempos inolvidables juntos. Con Ander Letamendía, de Tolosa, y su jefe, Manolo Lasso, el cirujano vascular ahora en Madrid; con María Molero, la secretaria; con Abilio, el portero de noches...; con todos los que formábamos una gran familia. Largas veladas escuchando sus historias, siempre rocambolescas, salidas de manera continuada y entre risotadas, lloros y, como diría él mismo, mocos... Sus amigos del colegio debieron de ser increíbles... Uno guardaba todas las uñas que se cortaba durante el año y las de sus amigos en un bote cerrado y se las comía en las temporadas de exámenes para controlar los nervios...; otro, tenía dotes extraordinarias y era capaz de inducirse vómitos selectivos, lo que le permitía saber y demostrar a sus

compañeros los diversos platos con los que se había alimentado horas antes...; o el que había conseguido flexibilizar tanto el cartílago de su pabellón auricular que podía introducir toda su oreja en el orificio auditivo y sacarla de golpe con una maniobra de Valsalva. Su Sanglas pasó a Triumph y su cara llena de las picadas de los insectos cuando llegaba de pasar el fin de semana en Mondragón era todo un espectáculo. ¿Casco?, ¿gafas?, ¿pantalones de piel?... «Soy vasco, y de Mondragón, no jodamos».

Era el novio virtual, el amigo del alma, de todas las enfermeras y de muchas de las doctoras. Mari Carmen, Araceli, Charo, Tere, Pili... Marina, Concha. Todas le adoraban.

Aún recuerdo cuando contaba cómo un día, cazando en el pantano, y no teniendo todavía a su perro, Les, tuvo que tirarse al agua en pleno invierno para coger un pato derribado por su disparo. Se quitó la ropa y, en calzoncillos, fue a por el pato. Al llegar a la orilla, muerto de frío, llegaba el autocar de línea, con muchos conocidos del pueblo. Maldiciendo su mala suerte, contaba cómo se congelaba al no poder salir del agua, y menos con el pato en la boca.

Carlos Gómez-Durán, hasta por entonces el cirujano cardíaco de la Clínica Universitaria de Navarra desde su regreso de Oxford, decidía, tras varios años en Pamplona, trasladarse a Santander, donde le ofrecían una unidad totalmente nueva en Valdecilla. Muchos de los profesionales de Pamplona iban a trasladarse a ese nuevo y emblemático Hospital Nacional. Vicente Rodríguez Valverde, de Reumatología; Fernando Pons, de Hepatología; Concha Álvarez, de Bioquímica; Marina Recio, de Hematología. Con Ubago, Charo Solchaga para la perfusión, Matilde Prieto y Maika como instrumentistas, y Javier Teijeira, José Carlos Cordero, aún sin vocación de cardiólogo, y yo para cirugía.

Allí, la pesca en el mar fue una nueva experiencia. Barca nueva, poteras, acuario de agua salada, pulpos en la pecera, pescados debajo del sofá... De los vinos en El Molino y las cenas de El Álamo pasó a los vinos del Sardinero o Puerto Chico y las comidas en el Peñaprieta o las cenas en Casa Pepe. Todo esto sin dejar, en cada uno de los sitios, de hablar de lo que podía dar de sí la ventriculografía en una época en la que el eco todavía no había tan siquiera mostrado sus verdaderos potenciales. Allí, con Alberto Ochoteco y el propio Carlos Durán, recorríamos una y otra vez en los anocheceres los bares elucubrando sobre la mitral, la tricúspide o las coronarias. De aquella época los recuerdos son abundantes ya que, hasta pasado un tiempo, no excesivo por cierto, las tres de la tarde era el final de la jornada para muchos.

Ubago se casaría con una encantadora Begoña, bilbaína licenciada en Farmacia en Pamplona y a la que conocía desde entonces. Y aun cuando la situación cambió para todos en lo que a estado civil se refiere, las reuniones y cenas periódicas conjuntas no evitaron los encuentros científico-enólicos de las tardes.

Para José Luis, el nacimiento de su hija Abril fue un acontecimiento importantísimo, pero sus noches de pesca en la orilla del mar le permitían seguir pensando en los problemas que su profesión generaba constantemente. Era una época en la que todo o casi todo era nuevo, por descubrir. Todos los que trabajamos con él recordamos cuando nos contaba que llevaba varias noches de centramina y Cointreau desarrollando un proyecto para entender el comportamiento hemodinámico de las bioprótesis. Un día, por fin, llegó al hospital y, reuniéndonos a unos pocos, intentó explicar sus razonamientos. No había todavía terminado cuando Álvaro Figueroa, al que cariñosamente llamaba, acaso por su capacidad de asombro, el búho, le espetó bruscamente: «¡Joder, Ubago, esto es la fórmula de Gorlin y está publicada en *Circulation* hace años!!». De cualquier otro se podía haber esperado tan sólo un plagio o una broma, pero conociéndole a Ubago, su entusiasmo había ido creciendo de tal manera que había, sin duda, llegado a desarrollar una fórmula compleja como ésa a base de papel y lápiz en largas noches de humo y dulce Cointreau.

Siempre se definía, como buen vasco, como poco sociable, acaso insocial. Pero era todo lo contrario. Generoso en extremo hasta el punto de dar todo a cambio de nada, desprendido de todo y despreocupado hasta niveles patológicos. Cuando se fue a vivir a La Cavada, a escasos kilómetros de Santander, lo hizo para volver a la naturaleza. De hecho, y para su desgracia, había perdido un poco la costumbre. La casa no tenía calefacción, estaba cerca de un pequeño río y tenía huerto y algunos animales. El agua solía estar fría para la ducha y argumentaba que el hombre había pasado sin agua caliente miles de años sin problemas. Pero los cristales de la ventana rotos no se arreglaban solos y al final las gallinas pululaban a placer por el interior de la casa.

En 1980, Carlos Durán, con una clarividencia obvia, nos envió a Ubago y a mí a Zúrich a la primera demostración abierta de una dilatación coronaria por vía percutánea. Grünzig acababa de informar a la comunidad científica sobre algunos casos que había practicado con éxito, y la amistad de Carlos con Marko Turina, por entonces más inmediato colaborador

de Ake Senning, jefe de Cirugía Cardiovascular del Hospital Cantonal Universitario de Zúrich, favoreció la posibilidad de asistir a tal primicia. De hecho, un telegrama tardío, pues ya estábamos allí, informaría de que no nos sería posible acceder a la reunión por ser tan sólo para las cuatro personas que podían entrar en el laboratorio de hemodinámica. “*Thank you for coming*”, fue el comentario breve al final. Todavía haríamos otro viaje con Kiko Nistal, entonces estudiante de Medicina y colaborador permanente en el quirófano experimental, a ver esas instalaciones con una vuelta por Ginebra que le obligaría a realizar una de sus más penosas experiencias: dormir en la misma cama con otro hombre. Nos jugamos con palillos cómo organizarnos en la única habitación que quedaba y con tan sólo una cama grande y una supletoria. Yo gané y me quedé la pequeña. «No jodamos... si se enteran en Mondragón no entro más en el pueblo».

Finalmente iríamos a ver las primeras angioplastias y allí encontraríamos a unos pocos españoles como Amadeo Betriu, Enrique Esplugas, Paco Navarro, Carlos Creixells y Antonio Oriol. Una foto con Grünzig y su madre dejaría constancia de ello para la historia. Pero no se conformaría con una foto, y poco tiempo más tarde conseguiría los materiales necesarios, tarea nada fácil como cualquiera puede imaginar, para empezar esa técnica en los pacientes de Cantabria. Con Thierry Colman y Álvaro Figueredo nos metimos en la sala de hemodinámica a dilatar una derecha con lesión única en un paciente con angina muy frecuente, en aquel momento incluso pensando si se trataba de un Prinzmetal; la dilatación fue un éxito y no hubo complicaciones, quedando como la primera realizada en nuestro país y que sería el principio de un programa de revascularización percutánea que, hoy por hoy, es el de más actividad de España a pesar de la limitada población que, en teoría, depende asistencialmente del Hospital de Valdecilla.

El idioma era el mayor obstáculo para Ubago, y es algo que con certeza limitó enormemente su trascendencia en todos los aspectos. Hizo mil intentos, poco fructíferos la mayoría, pero sin duda el que no olvidaremos ninguno es el de Londres un verano con Alberto Ochoteco. *Fulham Road* era tan difícil de pronunciar para ambos que no conseguían jamás que el chófer del autobús les entendiera. Decidieron no ir en autobús. De entonces quedó aquella famosa frase, cuando el pintor llamó a la puerta, de “*Between, between*”... por «entre, entre, caballero».

Su vida profesional se desarrolló ampliamente y las circunstancias le llevaron a cambiar el hospital

universitario por otro tipo de medicina en el sector privado donde, especialmente con Ignacio Gallo, ha pasado los últimos 15 años. Sin embargo, eso no le impediría seguir con una actividad casi frenética, la búsqueda de nuevas formas de hacer, desarrollar lo más novedoso y mantener una manera de ser que nadie podrá negar era excepcional. Su humor peculiar le permitía reírse de todos en sus narices, porque, entre otros, se reía permanentemente de sí mismo. Se ridiculizaba sin el más mínimo reparo y su contagiosa risa no era sino la exteriorización de una vitalidad desbordante, sin censuras de ningún tipo, que hacía la felicidad de quienes le rodeaban. Cualquiera de los que con él convivimos recordará su cara, con un lunar en la mejilla derecha, a lo De Niro, y una risa incon-

trolable, lágrimas en los ojos, y como, repito, decía él sarcásticamente, mocos.

El funeral de Mondragón fue un fiel reflejo de lo que ha dejado Ubago. Y su generosidad tan grande, que hasta en ese día, triste sin duda, nos regaló a muchos la enorme dicha de ver a otra persona muy querida a la que no veíamos desde hace tiempo. La iglesia estaba ciertamente abarrotada de gente. De gente que nunca le podrá olvidar, porque su persona es de las que calan tan hondo que llegan a formar parte de uno mismo. A Ubago todos le tendremos cerca, porque ese lugar hondo donde queda, donde cala, no es el corazón. Es el alma.

José-Luis Pomar



BIO MED



unidix

Especialistas en cirugía cardiovascular

desde 1977 al cuidado de tu salud



91 803 28 02



info@biomed.es

